

Este texto es un fragmento de

## **Bajo el signo de la noche**

Roque Pérez Prados

### **1. Sangre inocente.**

La mujer despierta sobresaltada con su cabello rubio empapado en sudor y sabor a tierra en la boca. "¿Dónde estoy?" Sus ojos recorren la habitación bañada por la penumbra, más allá de la luz que emite un tubo halógeno sobre el cabezal de la cama. A su lado, un pequeño sillón verde junto a una mesita de madera; cortinas opacas de tela gris cubren la única ventana. Al otro lado, en la pared, resalta un panel con botones de colores. Entorna los ojos y distingue la palabra "oxígeno" sobre una protuberancia cromada.

El olor a antiséptico golpea su olfato. Intenta moverse y siente una punzada en la mano: tiene una cánula prendida en el dorso que va conectada a un gotero. En su mente restallan los recuerdos como un látigo: gritos de pánico, humo negro, la explosión... el pitido en los oídos. Siente un escalofrío y sujeta su abdomen con un movimiento instintivo. Se tranquiliza cuando percibe la cálida convexidad que se insinúa bajo el camisón. Todo parece en su sitio dentro del vientre que contiene a su futuro hijo.

"Te daré mi vida, pequeño Kolya"

No puede reprimir un llanto de impotencia y aprieta los dientes sin perder el contacto con su bebé, la única esperanza cuando su vida se ha transformado en un desolado paisaje. Gruesos lagrimones resbalan por las mejillas mientras sus ojos buscan una salida.

Hay una puerta.

Se arranca la cánula de un tirón y salta de la cama impulsada por la adrenalina que fluye por sus venas. El suelo está frío como una pista helada pero no parece importarles mientras corre hacia la puerta. Acciona la manivela y se abre ante ella un extenso y luminoso pasillo.

El suelo de linóleo brillante, las paredes color crema, las puertas de roble con faldones de metal; una atmósfera acogedora donde todo parece envuelto en tranquilidad y sosiego, aislada del frío extremo que reina al otro lado de los ventanales.

Una enfermera se le acerca sonriendo.

—¿Se encuentra mejor? —toca con suavidad su frente—. Parece que no tiene fiebre...

—¿Dónde está mi marido? —pregunta con la voz quebrada.

Cruzan sus miradas y se hace un silencio. La joven parece comprender pero no se resigna a lo evidente.

—¿Está vivo? ¿Lo han podido rescatar? —pregunta zarandeando a la enfermera que mantiene una prudente serenidad.

—No se preocupe. Enseguida vendrá el doctor para hablar con usted. Mientras tanto, debe descansar.

La conduce dentro de la habitación mientras la muchacha llora sin consuelo.

—¿Tiene familia? ¿Quiere que avisemos a alguien?

Niega con la cabeza y se limpia las lágrimas con el antebrazo. Suspira observando el vientre, sujeto entre sus manos. La enfermera la acuesta en la cama y le vuelve a colocar la cánula. Ella se deja hacer mientras su mente parece muy lejos de allí, ensimismada en su dolor.

—Mi nombre es Katia, y puede llamarme cuando quiera, sólo tiene que apretar este pulsador.

La joven vuelve sus ojos al rostro afable de la enfermera y observa su belleza serena, rubia, con anchos pómulos y sonrisa perenne. Bajo su labio resalta un discreto lunar.

—Gracias —acierta a decir, con un hilo de voz.

Permanece acostada en la cama, observando el techo, inmóvil, con un incesante goteo de lágrimas que brotan de sus ojos y acaban mojando la almohada. En las últimas horas han venido enfermeras para extraerle sangre y realizarle una ecografía, pero el doctor no se ha presentado. Suspira mientras recuerda al padre del niño, el amor de su vida. No quiere aceptar su inevitable pérdida y guarda la esperanza de verlo sano y salvo. “Es un tipo duro”, piensa. “Si alguien puede librarse de algo así es él”.

Se abre la puerta y entra un hombre alto y robusto que ronda los cincuenta, con una visible papada bajo la mandíbula. Sonríe mostrando sus dientes, amarillentos y puntiagudos. Le acompaña la enfermera Katia que porta una tablilla con varias hojas sujetas por un clip metálico.

—Buenas tardes, soy el doctor ¿cómo se encuentra?

La joven suspira y se enjuga las lágrimas. Se observan unos segundos sin mediar palabra.

—Tengo que darle la enhorabuena, su hijo se encuentra perfectamente y usted ya ha salido de cuentas. ¿Ha notado las contracciones? —pregunta el doctor mientras revisa los datos escritos en las hojas que le ha pasado la enfermera.

La mujer asiente mientras se tapa con las sábanas hasta la barbilla.

—Permítame —solicita el médico, que pulsa un botón para incorporar a la paciente. Le acaricia el rostro, sonríe, pone las manos en sus hombros en un gesto amistoso—. No se preocupe, somos gente de paz.

El doctor le introduce un pequeño depresor de madera en la boca y observa el interior bajo la luz de una linterna. Toma su temperatura y anota los datos en las hojas.

—Tengo que hablar con usted. ¿Se siente con fuerzas?

La joven asiente con timidez. El médico mira a la enfermera y esta, a su vez, dirige a la paciente una mirada compasiva.

—Siento comunicarle que su marido ha fallecido.

La mujer lo observa inmóvil, con una mirada líquida. Le tiembla el labio superior, traga saliva intentando recomponer su gesto.

—Un atentado de los terroristas chechenos. Lo siento mucho —dice el médico.

—No pude avisarle —se lamenta la joven—. Regresaba del mercado cuando descubrí nuestra casa en llamas. Él entraba con el resto de bomberos para sacar a los vecinos...

Lo llamé con fuerza, pero no pudo escucharme entre los gritos y las sirenas. Después... todo saltó por los aires.

Rompe a llorar. La enfermera intenta consolarla ante la mirada atenta del médico.

—Tiene que calmarse. Estamos aquí para ayudarla —tranquiliza el médico—. Necesito hacerle unas preguntas. Le ruego que me conteste lo mejor que pueda. ¿De acuerdo?

La joven sigue llorando. El médico la sujeta por la barbilla y levanta su cabeza para mirarla directamente a los ojos.

—Es usted una mujer fuerte y va a luchar por su hijo ¿verdad? —Ella asiente entre suspiros.

—Hablemos de su familia: ¿Tiene usted padres, hermanos...?

La mujer niega con la cabeza antes de responder.

—Mi padre también era bombero. Murió en Chernobil cuando mi madre estaba embarazada de mi —da un largo suspiro—. Falleció por la radiación poco después de que yo naciera. Ni siquiera la recuerdo.

—¿Resultó usted afectada?

La muchacha llora, incapaz de responder. El doctor baja la mirada hacia sus anotaciones.

—¿Tiene amigos? ¿algún pariente lejano? —quiere saber el médico.

—Ya no tengo a nadie.

El doctor la mira con lástima.

—Cuanto lo siento —comenta—. ¿Le han realizado pruebas médicas? ¿Algún tipo de seguimiento?

—Ahora estoy bien, pero los médicos no saben cómo ha podido afectarme la radiación.

—Según nuestros análisis, goza de buena salud, igual que su hijo —el hombre sonrío con calidez—. Es una buena noticia. La prepararemos para el parto. Puede estar tranquila.

Katia extrae de un estuche de cuero negro una jeringuilla que inyecta en el gotero mientras observa el rostro tímido de la muchacha.

—La oxitocina le provocará el parto y hará que dilate más rápido. Ahora vendrá una matrona para estar con usted hasta que llegue el momento. Tranquilícese, piense en su hijo y olvide lo demás ¿de acuerdo?

La joven sonrío con tristeza mientras el médico acaricia su rostro. Después de la terrible tragedia, tal vez la vida le ofrezca una nueva oportunidad.

Tumbada sobre una camilla metálica, avanza por pasillos con puertas silenciosas que parecen observar su tránsito por el corredor. Sobre ella se suceden los halógenos del techo en una intermitencia de fognazos que hieren sus ojos.

La actividad y el movimiento de personas disminuye hasta que el silencio lo envuelve todo. Sólo se escucha el chirrido de las ruedas de su camilla y un rumor en el exterior, embozado en el oscuro invierno.

Un rotor de helicóptero.

—Ya queda poco —apunta el celador.

La mujer se incorpora y lo mira. Es un hombre enjuto, vestido con una bata blanca que

le queda grande. Está remangado y son visibles sus antebrazos peludos.

—Por favor, no se mueva, que se le puede soltar la cánula —aconseja el celador.

El hombre se adelanta a la camilla y abre con un puntapié dos puertas abatibles que cierran su paso. Acceden a un pequeño descansillo donde hay un ascensor. A medida que transcurre el tiempo cualquier preocupación se va disolviendo en una creciente sensación de bienestar. Cierra los ojos con tranquilidad y escucha un sonido mecánico mientras descienden al quirófano. La luz del compartimento se filtra con un color anaranjado a través de sus párpados. Le invade una sensación de sueño y, simplemente, se deja llevar.

El contacto de algo frío la despierta. Ante sus ojos aparece el doctor de gesto afable y papada móvil.

—Hola, mientras le aplican los electrodos y la van preparando, puede apoyar las piernas en estos soportes —señala con su mano enfundada en un guante de látex—. Ahora mismo el anestesista la mandará al país de los sueños.

Ella sonríe sin poder articular palabra. Las voces de quienes circulan por la sala de partos le llegan envueltas en un eco lejano. Siluetas blancas deambulan de un lado a otro sin parar.

Siente frío y le asalta una idea preocupante: “Ya no siento contracciones...”

—Doc..tor —acierta a decir—, ¿q..que me está pa..sando?

—Tranquila, todo irá bien —contesta el doctor con un susurro—. No se preocupe.

Apenas puede mantener los ojos abiertos y tiene dificultad para ver a su alrededor.

Dos enfermeras acercan unas mesillas con instrumental quirúrgico. Hay otra persona junto a ella.

—Ahora quiero que inspire con normalidad cuando le ponga la mascarilla, ¿de acuerdo? —ordena la voz—. Vamos a contar hasta diez.

Se abren las puertas del quirófano y una ráfaga de aire frío la estremece. Hombres con atuendo sanitario entran en el paritorio portando unos voluminosos recipientes de color blanco. Se alinean junto a la pared del fondo y se quedan allí, observando en silencio.

—¿Me oye? ¿Puede contar hasta diez?

—U..no...

Intenta mover la cabeza para liberarse, pero es imposible.

—Dos...

No puede abrir los ojos a pesar de sus esfuerzos. Tampoco tiene ganas de contar.

—Tres...

La imagen en blanco y negro de su hijo se materializa entre una bruma. Parece verlo en el monitor del ecógrafo, sin embargo no puede distinguir las facciones ni la expresión de su rostro.

—Cuat...

Sensación de ingravidez, sopor. Emite su último pensamiento coherente:

“Te daré mi vida, pequeño Kolya” y pierde la conciencia.

El anestesista aplica la mascarilla mientras sujeta el mentón con su mano. Aguanta unos segundos hasta que decide intubar. Mientras le introduce un tubo flexible por la boca, el doctor y las dos enfermeras se aproximan a la mesa donde yace la joven.

Descubren su pubis rasurado y desinfectan la zona con un líquido naranja.

—Bisturí —ordena el doctor.

La enfermera coloca un afilado escalpelo sobre la mano abierta del médico y este realiza un corte horizontal en la parte superior del pubis. La piel se va abriendo de forma limpia, dejando entrever las primeras capas seccionadas. Con la ayuda de unas tijeras, profundiza en la hendidura para seccionar los músculos abdominales y llegar hasta la placenta. Las enfermeras cuidan de que la sangre no fluya en exceso aplicando gasas estériles que se tiñen de rojo.

El médico introduce la mano por la abertura y busca la cabeza del bebé. Tira de ella y el niño sale al exterior empapado en sangre y fluido amniótico. La enfermera corta el cordón umbilical usando unas tijeras. El niño ha nacido con los ojos abiertos y parece observar con atención lo que sucede.

—Katia, hágase cargo —ordena el doctor.

La enfermera lo toma por las piernas y lo conduce, boca abajo, hacia una mesa metálica en una esquina de la sala y allí lo deja caer sin ninguna consideración cuando reclaman su presencia en la mesa de operaciones.

El bebé queda inmóvil y desatendido mientras Katia vuelve de nuevo con el doctor.

Entran en el quirófano dos médicos de refuerzo con sus manos enguantadas y abiertas, como en actitud de oración. Se aproximan a la mesa junto al médico jefe, que ha destapado el cuerpo de la muchacha. Ahora aquel mantel verde ensangrentado ya no cubre su torso de piel lechosa, ni sus senos voluminosos, ni el abdomen deformado por el embarazo. El doctor aplica el bisturí desde el esternón hasta la herida abierta que sangra en su pubis. Literalmente, la abre en canal.

—Sierra —ordena.

Katia pone en su mano una pequeña sierra eléctrica cuya hoja dentada gira con un ruido siseante. El médico la toma y comienza a aplicarla sobre la joven. Sus ayudantes cierran el espacio en torno al cuerpo.

Con el paso de los minutos, las enfermeras comienzan a sacar órganos a medida que los médicos van realizando las extracciones. Un hígado de aspecto gelatinoso es introducido en una bolsa con líquido refrigerante, que a su vez se guarda en una de las neveras llenas de hielo que portan los hombres de blanco. El mismo camino sigue un pulmón, sostenido en ambas manos por una de las mujeres. Katia espera una señal del doctor para recibir uno de los órganos solicitados con mayor urgencia: el riñón.

Una vez en sus manos, lo introduce con esmero en una bolsa llena de líquido helado.

Tiene un aspecto sonrosado con tejido adiposo amarillento en su parte convexa.

Pequeños vasos y arterias asoman sus extremos hacia el exterior. Katia sopesa la bolsa. Pese al hielo que han introducido en el cuerpo para bajar su temperatura, el riñón aún conserva cierta tibieza.

Observa al equipo médico enfrascado en la tarea de extraer el corazón y piensa por un momento en las personas que recibirán los órganos. En cierto modo, la muerte de la joven habrá servido para dar vida a otros pacientes y, de paso, para continuar viviendo en ellos.

Siente una sacudida dentro de la bolsa.

Se sobresalta.

Es como si aquel riñón se hubiese estremecido al apartarse de su dueña. Levanta la bolsa a la altura de los ojos y la observa fijamente sin descubrir nada anormal, sólo un órgano flotando en líquido helado. Quiere pensar que allí dentro no se ha movido nada, que todo es fruto de su imaginación: demasiadas horas trabajando.

Se dirige a los hombres de las neveras y guarda el riñón con premura en una de ellas. Los hombres de blanco salen corriendo del quirófano en dirección a los helicópteros. El tiempo es vital para que los órganos lleguen en condiciones para el trasplante. Katia observa cómo el hombre que se ha llevado el riñón corre por el pasillo con la nevera y presiente que allí dentro hay algo más que una simple parte de un cuerpo humano. Algo vivo.

—Katia, ¡a que demonios espera! —inrepa el doctor—. La necesitamos.

La enfermera vuelve junto al equipo médico y continúa con su trabajo.

En el rincón olvidado del quirófano, el niño recién nacido intenta respirar a través de la maraña de fluidos que obstruye sus vías respiratorias. Su piel comienza a adquirir un tono azulado mientras sus pequeñas extremidades se agitan buscando un cuerpo caliente al que aferrarse. Frío, asfixia y soledad son las primeras sensaciones de su nueva vida.

Contrae su frente ensangrentada y abre la boca intentando expulsar la sustancia viscosa que obstruye su laringe. El pequeño continúa luchando al límite de sus fuerzas y casi asfixiado ante la indiferencia del personal sanitario. Aquellas enfermeras con sus batas manchadas de sangre se arremolinan en torno a la paciente, proporcionando el instrumental quirúrgico cromado que luego toman de vuelta teñido de rojo.

Ha terminado la intervención y en la mesa descansa el cuerpo de la madre frustrada.

Los electrodos y monitores han sido desconectados. Katia mira la mesa donde abandonó al bebé. Allí yace inmóvil el cuerpo del recién nacido.

Cuando se acerca, algo le llama la atención: en la palma de la mano derecha del bebé hay una mancha parda, pequeña y ovalada, del tamaño de una almendra. Aquella curiosa marca de nacimiento le resulta extraña en esa parte del cuerpo donde son tan infrecuentes.

Toma la mano del bebé, que ya está fría, y le abre un poco más los dedos para observar mejor el contorno de aquella mácula parduzca. “¿Qué demonios es esto?”, piensa mientras levanta la cabeza y encuentra frente a ella la superficie acerada de un armario que le devuelve su propio reflejo. Comprueba que en sus rasgos, desencajados por el cansancio, no hay lugar para el más mínimo ápice de humanidad. No sabe cuando, pero puede adivinar cómo había dejado de pertenecer al grupo de las personas con sentimientos. Aquel niño ha muerto solo y desatendido muy cerca de ella y ni siquiera experimenta una leve zozobra moral. Como compensación, se le ocurre introducirlo en la misma bolsa de cadáveres donde han puesto a su madre. Es lo único que puede hacer por él.

Sin darse cuenta, comienza a entrar en un extraño estado que le hace ser consciente de anteriores momentos en su vida. Se ve en una habitación de hospital, con sus dos hijos recién nacidos, acostados en cunas. Percibe el olor tibio de la piel infantil, la proximidad de sus pequeños cuerpos. Revive su instinto maternal.

Cuando se acerca a las cunas, todo cambia. Dentro sólo hay podredumbre haciendo

mella en los cadáveres ennegrecidos de dos bebés. Percibe un hormigueo que recorre su brazo, sube hasta la cabeza para luego bajar al resto del cuerpo. Se siente sucia y miserable en medio de un sentimiento de culpa. Las fuerzas le abandonan. Abre los ojos y vuelve a contemplar el reflejo de su rostro. Tiene la sensación de haber envejecido muchos años y aquella certeza le provoca un fuerte escalofrío. Después aparecen las náuseas que preceden a las arcadas.

—Katia, ¿qué te pasa? —pregunta su compañera.

Al llegar a su altura, descubre que Katia sostiene en sus brazos al bebé. Su color es sonrosado y se aferra con su pequeña mano al antebrazo de la enfermera que sufre convulsiones.

—¡Está vivo, Katia! ¡Lo has salvado! —grita su compañera.

—¿Qué ocurre? —pregunta el médico.

—El bebé está vivo. Katia lo ha salvado después de... —la mujer silencia sus propias palabras.

—Tome usted al bebé ¿No se da cuenta de que Katia no está bien? —ordena el médico. La mujer intenta tomar al niño venciendo la resistencia de Katia, que tiene sus brazos agarrotados en torno a la criatura, con la mirada perdida. Tan pálida que finas venas de color rojo se le marcan en la sien.

El doctor la sienta en una silla y le hace un poco de aire. Aproxima a su nariz un frasco de sales que la despejan.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta desorientada.

—Has salvado al niño —contesta el doctor—. Dijiste que había muerto.

—Ese niño estaba muerto —afirma Katia, mientras observa con incredulidad el semblante tranquilo del bebé, que duerme ajeno a todo en los brazos de su compañera—. Yo lo he visto, lo he tocado. ¡Estaba frío!

—Debemos actuar con rapidez —interviene el médico—. Ya conocen el procedimiento. Las enfermeras cruzan sus miradas. Katia ve cómo su compañera sostiene en brazos al bebé, envuelto en una pequeña sábana. No recuerda nada durante un impreciso lapso de tiempo pero tiene la sensación de que aquel niño se merece algo más que servir de donante de órganos. Le pide el bebé a su compañera y sale del quirófano buscando algo. De pronto experimenta un regusto agrio en su garganta y siente una punzada en el antebrazo, como un dolor recurrente. Observa su piel y descubre que, justo en el lugar donde el bebé la sujetó con su mano derecha, ha quedado una mancha de color pardo.